



Discurso de Gracias

María San Gil Noain

Muy buenos días a todos.

Autoridades académicas e institucionales, compañeros del CEU-ACdP y de NEOS, familiares, queridos amigos:

Tengo que confesarles que he redactado esta intervención a retazos. Porque cada vez que intentaba empezar, me embargaba una mezcla tan profunda de emoción e incredulidad que me resultaba imposible avanzar. Así que la he escrito a fragmentos, poco a poco a medida que podía ponerle palabras a lo que siento.

Cuando me comunicaron oficialmente la concesión de esta Medalla de Oro, comprenderán ustedes que me invadió una profunda estupefacción. ¿Cómo iba yo a imaginar que esta Universidad, a la que tanto debo y con la que guardo un vínculo afectivo tan hondo, iba a reservarme a mí semejante honor?

Mi historia con esta casa empezó en 2.º de BUP, en el colegio Compañía de María de San Sebastián. Tuve la inmensa suerte de cruzarme con María José Olaizola -a quien debo nombrar hoy- cuya pasión enseñando latín me dejó claro mi destino: yo quería seguir estudiando lenguas clásicas en la universidad. Ante el pasmo de mis amigos, que no dejaban de preguntarme «con esa carrera a qué te vas a dedicar», a mí el futuro me preocupaba más bien poco; yo solo me imaginaba dando clases de latín y rodeada de libros, leyendo a Cicerón, a Virgilio o a Horacio, y fascinada por la historia clásica.

Mi plan inicial era ir a la Universidad de Salamanca a estudiar Clásicas, pero el destino quiso que una amiga me hablara de una titulación que, además de latín y griego, incluía hebreo. «¡Qué bien!», pensé, «seré una *mulier trilinguis*».

Así que, allá por abril o mayo de 1983, mi madre y yo pusimos rumbo a Salamanca para formalizar la matrícula en la Universidad Pontificia, convencidas de que debíamos darnos prisa para no quedarnos sin plaza. Al llegar, nos recibió con una cortesía imponente Don José Oroz Reta (agustino recoleto), a la sazón decano de la Facultad de Filología Bíblica Trilingüe. Impresionadas por la majestuosidad de la universidad y un tanto cohibidas ante la figura del decano, le explicamos con timidez que veníamos a hacer una preinscripción por miedo a perder la plaza.



No les aburriré detallando cómo mi madre, en un gesto entrañable y muy propio de madre, intentaba convencer a Don José destacando mi pasión por el latín, mis buenas notas y lo importante que era para mí estudiar en la Pontificia. Don José escuchaba con una seriedad absoluta hasta que, en un momento dado, nos miró y dijo con solemnidad que habíamos llegado tardísimo: que la Facultad de Filología Bíblica Trilingüe tenía una demanda desbordante, que las plazas volaban y que, sintiéndolo mucho, ya no quedaba sitio para mí.

El asombro y el disgusto de mi madre y el mío iban en aumento: ¡pero si ni siquiera se había abierto el plazo oficial!

No hará falta que les diga que todo era una broma inocente, muy propia del fino humor de Don José. Ni las plazas estaban agotadas, ni la carrera sufría de sobrematriculación. Le hizo tanta gracia ver la desmedida ansiedad de una madre y una hija por entrar en Trilingüe que no pudo evitar tomarse esa pequeña licencia. De hecho, aquel año creo que fui la única alumna que se matriculó en esa carrera.

Esa fue mi singular llegada a esta maravillosa Universidad. Hoy, al recibir con profunda gratitud esta Medalla de Oro, no puedo evitar imaginar a Don José en algún lugar, esbozando de nuevo una de sus inolvidables y socarronas sonrisas.

Fueron cinco años maravillosos en los que aprendí muchísimo -aunque debo reconocer, con total sinceridad, que aún podía haber aprovechado mucho más el tiempo de estudio-. Sin embargo, al mirar atrás, el recuerdo que me evocan esos años es de sosiego, plenitud y calma.

Es ahí donde se fraguó mi orgullo de pertenecer a esta casa. Ser alumna de la Ponti -de la "Ponti", como siempre la hemos llamado con cariño y complicidad sus alumnos- imprime un carácter especial. Un carácter que no se fraguaba solo en las aulas, sino en la convivencia diaria con mis profesores y con mis compañeros. A ellos quiero dedicarles hoy también un recuerdo lleno de afecto, cariño y gratitud. Volver hoy aquí es también volver a reencontrarme con la joven que fui durante cinco años junto a todos ellos.

Como anécdota entrañable de aquellos años, para que vean ustedes lo peculiar que era nuestra facultad, les contaré que éramos tan pocos alumnos en los cinco años de carrera que en la orla nos reunían a los de tercero, cuarto y quinto... ¡y aun así había más profesores que alumnos! Cosas que solo pasaban en Trilingüe.



Pero más allá de lo anecdótico, esta Universidad no tenía solo el prestigio de sus muros o el rigor de su Facultad de Filología Bíblica Trilingüe; era, sobre todo, una forma de entender la vida, el conocimiento y el compromiso con los demás, desde el humanismo cristiano.

Ese mismo humanismo es el que me llevó años más tarde a vincularme con la Asociación Católica de Propagandistas. En la ACdP reafirmé lo que ya había comenzado a germinar en estas aulas y que hoy comparto con nuestro presidente, José Masip, y nuestra secretaria general, Carmen Fernández de la Cigoña: que la fe y el pensamiento no pueden quedarse entre cuatro paredes, sino que exigen una presencia activa, valiente y comprometida en la sociedad.

En Salamanca me encontré con una sociedad en armonía y cohesionada; una ataraxia sin cabida para el miedo, la violencia o la falta de libertad. Solo al salir del País Vasco para venir a estudiar, aquí, a Salamanca, fui consciente del peso de la presión bajo la que vivíamos, atenazados por la amenaza terrorista y la asfixia nacionalista.

Pero aquellos cinco años de universidad, sumados a los siete meses que pasé como *au pair* en Múnich -en una época en la que aún no existían las becas Erasmus-, supusieron un paréntesis salvador frente a la rutina de los atentados, los secuestros, las manifestaciones, el miedo constante y los funerales. Aunque solo 452 kilómetros separan San Sebastián de Salamanca, para mí supuso cambiar de mundo.

Ese tiempo me preparó para afrontar todo lo que vendría después. Podría decir que esta Universidad fue para mí una auténtica escuela de libertad y valentía. La universidad no solo debe transmitir saberes técnicos o académicos; su vocación más alta es formar inteligencias libres y con agudas conciencias morales. En los claustros de esta casa entendí que la libertad no es una mera concesión ni un privilegio cómodo, sino un ejercicio diario de búsqueda de la verdad y de fidelidad a los propios principios.

Aquí aprendí que la verdadera valentía no consiste en la ausencia de miedo, sino en la capacidad de actuar con rectitud y determinación precisamente cuando las circunstancias se vuelven hostiles. Aquí eché las raíces morales que, tiempo después, me darían la fuerza, el coraje y la entereza necesarios para plantar cara al terror de ETA, defender la democracia y la libertad.

El Rector Magnífico de esta Universidad, Don Santiago García-Jalón de la Lama, destacó en la exposición de motivos para concederme esta medalla mi «prolongado compromiso cívico mantenido en tiempos especialmente tenebrosos». Precisamente por eso, hoy quiero dejar constancia de que, frente a



aquella penumbra, mis años en esta Universidad fueron plenamente luminosos y esperanzadores.

Esa luz no era solo un refugio temporal; era una preparación para lo que el destino me tenía reservado para cuando regresé a San Sebastián y los tiempos se volvieron verdaderamente oscuros.

Empecé a trabajar en el ayuntamiento de San Sebastián en el grupo popular, donde tuve la inmensa fortuna de encontrarme con Gregorio Ordóñez, un hombre común que hizo cosas extraordinarias. Fue con él, viéndolo actuar día a día, con quien aprendí el verdadero significado de la vocación de entrega.

Gregorio me enseñó que la política carece de valor si se desvincula de los principios esenciales; que frente a la barbarie no cabe ponerse de perfil y que el miedo es un mal consejero cuando lo que está en juego es la dignidad humana. Su herencia no fue un listado de consignas partidistas, sino una lección magistral de integridad inquebrantable. Me demostró que defender la verdad, aun a riesgo de perderlo todo, es el único camino noble en el servicio público. Su brutal asesinato no solo truncó un proyecto de convivencia pacífica, sino que nos dejó la responsabilidad ineludible de preservar su legado y mantener vivos los principios por los que entregó su vida.

Por eso, al recibir hoy esta distinción, me es imposible no volver la mirada y el corazón hacia el recuerdo de todas las víctimas del terrorismo. Ellas son el verdadero referente moral de nuestra democracia. Mantener viva su memoria, exigir incansablemente verdad, dignidad y justicia para ellas no es una opción política; es un deber moral irrenunciable que nos interpela a todos como sociedad.

Ese es el motor que me impulsa hoy en mi día a día. Mi trabajo actual al frente del Observatorio de Víctimas del Terrorismo de CEU CEFAS .bajo la batuta y la valiosa guía de Elio Gallego y Fernando Nistal, aquí presentes- responde, precisamente, a esa misma responsabilidad. Nos encontramos en un momento especialmente delicado, en el que algunos pretenden imponer el olvido institucional y blanquear una historia de terror dolorosamente reciente. El mayor peligro de nuestra sociedad actual no es solo la pérdida de memoria, sino la indiferencia a la que se arrastra a las nuevas generaciones.

Nuestra obligación pedagógica y moral es llevar la verdad desnuda a las aulas. Si permitimos que los jóvenes desconozcan el precio tan alto que costó defender la libertad en España, los desarmamos frente a los totalitarismos del mañana. Debemos hablarles con claridad y recordarles que la democracia de la que hoy



disfrutan se cimentó sobre el sacrificio de muchos inocentes que se negaron a doblegarse. Un pueblo sin memoria es un pueblo manipulable, y esta casa de estudios, dedicada por definición a la búsqueda de la verdad, sabe bien que el olvido es el peor enemigo de la justicia.

Con ese mismo empeño por defender la verdad trabajamos también en NEOS, bajo la dirección de Jaime Mayor Oreja, un referente moral indiscutible a quien no podía dejar de mencionar hoy por lo mucho que ha marcado mi vida. Junto a él, seguimos dando esa batalla de los fundamentos que nuestra sociedad tanto necesita, para asegurar que estos principios no se diluyan.

Ojalá los alumnos que hoy recorren estos pasillos encuentren en estas aulas la misma luz, la misma valentía y la misma libertad que yo encontré aquí para defender la verdad en una sociedad cada vez más necesitada de certezas y de sólidos principios morales.

Termino asegurándoles que no entiendo, por tanto, esta Medalla de Oro como un premio a mi persona, sino como un respaldo absoluto a estos valores compartidos. Ser distinguida por la institución que me formó es el mayor honor al que una antigua alumna puede aspirar. Recibo esta medalla con el orgullo inmenso de quien siempre ha llevado a la Ponti en el corazón y ha presumido de sus siglas por el mundo, pero también con el firme compromiso de seguir siendo fiel a las raíces morales que planté aquí en sus aulas.

Muchas gracias, Don Santiago; gracias a toda la comunidad de la Universidad Pontificia de Salamanca por traerme de vuelta a casa de la forma más hermosa posible. Y gracias a todos ustedes por acompañarme en este día tan importante para mí.

Muchísimas gracias.